

Bordeaux

Veinte días más tarde, llegó Simon corriendo a ordenar que juntaran las cosas que iban a llevarse porque había llegado la hora de partir.

“Pero, ¿qué pasa? —preguntó Viera— ¿cuál es la prisa? Simon, por favor, tranquilízate y explícame qué sucede”. “No es momento de preguntas, mujer, lo único que puedo decirte en este momento es que me he enterado que el ejército alemán está entrando a París”.

Con la cara larga, los ojos hundidos y la voz quebradiza le dio las gracias a Shlomo, el vecino, había conseguido boletos para el tren que salía a las ocho de la noche rumbo a Bordeaux.

“Tengo cinco pasajes”, comentó Simon, “llevarás a Rita en brazos y los demás nos apretaremos. Hay que apresurarse y no arriesgarnos a perder el tren”.

El rostro de Viera lucía seco, inerte, el vivo reflejo de una escena fúnebre. Sintió una bala atravesándole el pecho. Pasmada, alcanzó a hilvanar unas cuantas frases, “¿Cómo?, ¿dónde?, ¿qué dices, Simon?, ¿alemanes en París? Oy vey”. La pobre mujer no alcanzaba a descifrar lo que su marido relataba. Viera se sintió de pronto como un robot programado, al que bastaba activar el botón que indicaba “emigrar”. Como autómata dio órdenes a Liliane y a su madre para empacar algunas pertenencias. Repentinamente, la escena semejaba una efervescente procesión de hormigas. La tensión iba en aumento. Ya no se percibía el incisivo aroma a libros y partituras. Ahora olía a miedo. Sin hablar, sin orden, pero metódicamente, guardaron los pocos objetos de valor, y Viera, sin meditarlo, se volcó sobre su fiel acompañante: el radio.

No podía abandonarlo, no solo era el portador de noticias sino una especie de vigía que dictaba la siguiente jugada, tal como se hace en el ajedrez. Era el detonador de las intuiciones de Simon.

En pocas horas entre las tres mujeres empacaron lo indispensable. Precoz adolescente, Liliane sintió como si un soldado imaginario le acuchillara la garganta. “No es mi imaginación”, se repetía, “nada malo puede sucedernos”. En su interior prevalecía un frágil optimismo. Además, tenía esperanzas de encontrar a Solange; después de todo, sabía que la familia de su amiga había partido de París a Bordeaux.

Se escuchaba el impaciente chirrido de aves nocturnas por doquier, como si estuvieran despidiéndolos. Emprendieron el camino hacia la Gare du Nord. La estación, grisácea como su ánimo. En el letrero se leía Bordeaux. Simon, meditabundo, se preguntaba qué encontrarían ahí. Conforme iban llegando, entre empellones, cada familia buscaba su lugar. Todos tenían algo en común: el rostro teñido con matices de incertidumbre y temor. Los vidrios se empañaban con un vaho asfixiante. Si bien los niños no comprendían el apuro de los padres y no desperdiciaban ni un minuto para hacer travesuras, la humildad se fundía con la congoja en cada parpadeo de los adultos. Muchos de ellos se acomodaban con movimientos seguros porque esta trashumancia les era familiar, ya la habían vivido, incluso algunos por segunda o tercera ocasión. Pero para Liliane las cosas eran distintas. Jamás se había despedido de algo. Decía adiós a la ciudad que la vio crecer, en la que forjó sus primeras amistades, acudió a su primera escuela, vivió sus primeras rencillas de niña, sus primeras lecciones y lecturas. Y la partida era irrevocable. Ahora, solo podría aniquilar sus esperanzas o avisarlas. Ahora, solo el grito ensordecedor del tren.

El ruido de las ruedas oxidadas que sacaban chispas al rozar las vías despertó a Liliane. Entumida y sudorosa se incorporó. Una

mañana cálida de junio. La jovencita abrió sus grandes ojos azules en busca de respuestas.

—Papá, ¿es esta la estación de Bordeaux?

—No hija, todavía falta, esta es la de Poitiers, tenemos que viajar más al sur.

—Papá, ¿qué vamos a hacer en Bordeaux? ¿Iré a la escuela, crees que podré reunirme de nuevo con Solange?, ¿tendremos dónde dormir?

—Tranquila, todo se resolverá poco a poco. Sé que es difícil pedirte que tengas calma, pero verás que la estancia en Bordeaux será breve, un par de meses tal vez. He pensado en irnos a Marsella, tus abuelos me han conseguido un empleo a través de unos conocidos tuyos. Esto será transitorio.

Bordeaux fue su morada solo durante ocho meses, una estancia relativamente más tranquila. No se percibía un ambiente tan tenso, la discriminación todavía era leve. Después de tantos años de desesperanza y apuro, esa ciudad tuvo un efecto positivo en los Sigal. Pero para Viera, el cambio fue más duro que otras veces. No tenían dónde instalarse. Todo parecía complicarse más. Caminaron un largo trecho para hallar la dirección que les habían proporcionado. Cuando llegaron, Simon preguntó, “Viera, ¿qué número nos dieron? Quiero pensar que estamos en el lugar equivocado”. Ella verificó y sí, era la dirección correcta. Estupefactos, no podían creer lo que sus ojos miraban. Poco faltó para que Viera perdiera el conocimiento. Ante ellos, un inmueble viejo, desvencijado, con algunas paredes de tabique rojo deslavado y otras grises con grandes ventanas, los cristales rotos. Entraron por un pasillo oscuro contrario a la luz que emanaba de la calle. Pasmados frente a una reja desvencijada, del otro lado se podía observar un largo pasillo de paredes resquebrajadas, donde pequeños trozos de yeso permitían ver que alguna vez habían sido grandes muros revestidos de elegantes

mosaicos. Detrás de esta reja, que a duras penas lograba mantenerse parada, brotaba un largo pasto enmarañado, y unos pequeños pretendían jugar a las escondidillas.

—¿Qué es esto, Simon? —exclamó Viera—. Te has vuelto loco si piensas que podemos vivir aquí, es lúgubre y huele a moho.

—¡Esto no es una casa, papá! —exclamó Liliane—. ¿Tú crees que aquí encontraremos camas, una cocina, sillones? Ni siquiera tiene paredes.

Simon no sabía qué contestar. Trató de mostrarse positivo, y solo pudo decir: “Tendremos que hacer algo para sacarle provecho, tratemos de guardar la calma”. Viera soltó las cosas que traía. Su vista concentrada, atrapada en una telaraña, no le permitió darse cuenta de que el resto de la familia se había dado a la tarea de improvisar con sus pertenencias un lecho donde pasar la noche.

A la mañana siguiente, con la ayuda de algunos conocidos, adquirieron grandes pedazos de tela para dividir la estancia y acondicionar dos cuartos. Se hicieron de unos colchones usados, compraron un anafre para cocinar, y gracias a la imaginación de Viera y a una tienda de antigüedades, adaptaron esa espantosa y sucia bodega, para convertirla en un apartamento lo suficientemente acogedor para su estancia en Bordeaux.

Conforme le tomaban cariño a su nueva guarida, la vida diaria volvía a la normalidad. A Simon se le presentó la oportunidad de hacer un pequeño negocio que le fue retribuido con un Fiat de segunda mano. El día que lo recibió, fueron a visitar la famosa puerta de la Grosse Cloche, uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad. Compuesto por dos inmensas torres en forma de cilindro, exhibía en su cima la maravillosa campana de 1775. Debajo de esta había un enorme reloj astronómico que le daba el nombre a este edificio histórico. Por primera vez en muchos meses, Simon percibió un dejo de alegría en los rostros de Viera, Liliane y Rita. Aprovechó ese paseo para contarles la leyenda del rey que,

cuando quería castigar a la ciudad, mandaba quitar el reloj y la campana que servían para anunciar la temporada de la vendimia.

La existencia de un liceo en prácticamente todas las provincias de Francia facilitó el reingreso de Liliane a la escuela, y aunque feliz por entrar, se mostraba un tanto temerosa, ya que cada cambio le significaba angustia. Delicada y meditativamente, se preparó para su nuevo desafío escolar.

El primer día llegó temprano, emulando la rutina del Liceo de París. Temblorosa, con la mirada inquisitoria, aguardó el repiqueteo de la campana para conocer su salón. De súbito le pareció escuchar su nombre. En primera instancia, lo ignoró. “¿Quién puede conocerme aquí?”. Al escucharlo por segunda vez su corazón dio un vuelco al reconocer la voz. Tenía que ser Solange. Ella había mencionado que sus padres irían a Bordeaux. Nerviosa, giró la cabeza en todos sentidos, dio pequeños saltos para ver por encima de las filas de alumnos alineados, hasta que a lo lejos divisó a una niña languardirucha de cabello oscuro y ondulado que le hacía señas con desesperación. Ambas, sin importar la futura reprimenda, rompieron filas y corrieron a abrazarse. Gritaron, lloraron, brincaron. Liliane le susurró al oído, “Al irte se abrió una grieta en la arena, pero me prometí que ni una guerra lograría separarnos”. Los regaños del director las devolvió al orden. Con ojos turbios y el rostro pálido cada una se dirigió a su salón. Pero ya nada importaba, el reencuentro las hizo renacer. En ese abrazo no cabían los problemas políticos. Volvió radiante a casa y entre jadeos contó el suceso a sus padres. Fue ese día cuando decidió empezar escribir un diario.